

# Las Cortes del hambre

Cristóbal de Castillejo y la cocina del siglo XVI en España

**MARÍA DEL ROSARIO MARTÍNEZ NAVARRO ES DOCTORA EN FILOLOGÍA HISPÁNICA POR LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA, INSTITUCIÓN EN LA QUE TRABAJA COMO PROFESORA. MARÍA DEL ROSARIO MARTÍNEZ NAVARRO**

29 julio 2016  
23:27

Hambre, sed, pestilencia, manteles mugrientos, flatulencias, ventosidades, barullo, comidas en mal estado y otras que ni llegan al plato son algunos de los peculiares ingredientes de la cotidianidad de la corte presentes en el extenso diálogo en verso 'Aula de cortesanos' (1547), del humanista Cristóbal de Castillejo (Ciudad Rodrigo, ¿1490?-Viena, 1550). Y es que en palacio no es oro todo lo que reluce y mucho menos en lo que se refiere al condumio, por no hablar de la insalubridad de los comestibles o, mejor dicho, de los víveres incomedibles que a duras penas allí se ingieren.



El hambre, la mala mesa y la miseria de la corte forman parte de los ejes de la amplia producción antiáulica del humanista Cristóbal de Castillejo.

Parece que el mirobrigense probó en sus propias carnes los amargos sinsabores de la desabrida vida palaciega a lo largo de su dilatada labor como secretario, al servicio del archiduque Fernando de Habsburgo, a tenor principalmente de los capítulos IV y V del 'Aula' y de alusiones en otras obras de referencia del universo castillejiano como, por ejemplo, la 'Farsa de la Costanza' o el 'Diálogo entre la Adulación y la Verdad'.

El hambre, la mala mesa y la miseria de la corte forman parte de los ejes de su amplia producción antiáulica y son reiterado leitmotiv de este subgénero de la sátira de rica tradición europea y, en general, materia recurrente de la literatura áurea. Aquí se caricaturizan con un agudo sentido del humor prequevedesco que no en pocas ocasiones roza lo grotesco, lo obsceno, lo escatológico e incluso lo irreverente.

En 'La poesía burlesca de Quevedo y sus modelos italianos' el profesor Rodrigo Cacho señalaba que «el tema culinario ha funcionado desde siempre en la literatura como estímulo cómico y humorístico, vinculado con la celebración de la vida y el carnaval» (p. 41). Castillejo, como tantos otros autores de su tiempo, demuestra en sus versos estar en similar deuda con el legado italiano.

En los parlamentos de Prudencio -un cortesano de la tercera edad desengañado- entre burlas y veras se ponen de relieve el «negro comer» de almuerzos y cenas en el aula, las deficientes condiciones higiénicas de la mesa, la estrechez del espacio, los pésimos modales de los comensales y del personal, la eterna espera por las comidas o la dudosa calidad, escasa cantidad y nula variedad de las viandas.

En este apocado e hipocalórico bufé las opciones del menú son verdaderamente limitadas y nada apetitosas: agua caliente para beber, una barata carne de vaca guisada o cocida -y dura-, un buche de caldo aguado y frío en una sopera compartida y fiambres con esta misma carne, que no son más que las pocas sobras, ya heladas, haciendo igualmente las veces de postre. El ansiado «día de pescado» -en virtud del cumplimiento de los preceptos cuaresmales- se sirven una insulsa y contada pescada en salazón o bien dos huevos podridos -por su elevado coste- para los que no logren trincar cacho de la reñida pescada. O tan solo ciruelas y otras «cosas de poco dinero», con el menaje más cutre.

El magister, ducho en estas lides, quiere prevenir a su ingenuo sobrino ante su desacertada intención de ingresar en la corte como posible medio de sustento. Los aspectos negativos relatados por el tito Prudencio se relacionan con los pecados y vicios inherentes a este ámbito inhóspito: la gula, la avaricia, la envidia, la hipocresía, la soberbia, la injusticia, la tacañería, las falsas apariencias o la competitividad enfermiza y sin escrúpulos por medrar, motivos frecuentes en la llamada literatura de la corte como mare malorum (mar de males).

Las innumerables penurias alimentarias que los pobres cortesanos sufren y padecen en su rutina las describe el personaje a través de una serie de refranes, cuentecillos y conseguidos juegos fónicos de palabras, chistes, dobles sentidos y otros ingeniosos recursos retórico-estilísticos plenamente conceptistas que retratan esta degradación extrema. Castillejo, con una eficaz precisión lingüística y una agilidad expresiva casi teatralizada y costumbrista, destapa irónicamente la auténtica putrefacción moral de un sistema cortesano bufonesco con valores invertidos donde la dignidad y la calidad de vida claramente brillan por su ausencia.

'El Aula de cortesanos', escrito en clave paródica como nuevas de corte y aparentemente a modo de memorias del poeta tres años antes de su muerte, tal vez estuviese destinado a una representación íntima, en estrechos círculos cortesanos. Así lo deja caer Lucrecio en su penúltima intervención con la petición expresa de un pacto de secreto familiar: con tal de no perjudicar a su pariente, el joven le propone que su «consulta» sobre la vida de palacio y la comprometida conversación que han mantenido quede «oculta» entre ambos, Dios mediante.

Tenemos entre manos un jugoso testimonio de la cultura gastronómica de la que somos herederos pero, asimismo, el triste reflejo de la cruda realidad de las aulas en el Siglo de Oro y también de una problemática sociopolítica aún vigente en los tiempos que corren.

© larioja.com

Calle Vara de Rey número 74, bajo (26002) Logroño.  
Correo electrónico de contacto [digital@diariolarioja.com](mailto:digital@diariolarioja.com).

Copyright Nueva Rioja S.A.

**TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS:**

Queda prohibida la reproducción, distribución, puesta a disposición, comunicación pública y utilización total o parcial, de los contenidos de esta web, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización, incluyendo, en particular, su mera reproducción y/o puesta a disposición como resúmenes, reseñas o revistas de prensa con fines comerciales o directa o indirectamente lucrativos, a la que se manifiesta oposición expresa.